

cias enormes entre los varios términos de la evolución universal, maravillase uno á la vista del poco tiempo empleado por las sociedades americanas en el paso desde civilizaciones muy anteriores al Cristianismo hasta las maduras y plenas civilizaciones cristianas. En dos años Cortés aportó á Méjico la cultura elaborada por el humano espíritu desde Abraham hasta Colón. Pensad los penosos tránsitos de los estados nómadas á los estables; las enormes luchas de los pueblos aspirantes á su independencia con los Faraones de todos tiempos y países; los sitios luctuosos de Troya y de Cartago; las irrupciones de africanos en Italia y de italianos en África; la fundación de Roma y Tiro tan costosas; el conflicto de Asia con Grecia, representado por Darío y Ciro, amén del conflicto de Grecia con Asia, representado por Alejandro; aquellas revelaciones de Sión en materias religiosas y de Alejandría en materias científicas; la conquista romana y las calamidades traídas por los bárbaros á quienes comandaban Atila y Genserico; el esfuerzo que suponen las guerras por las investiduras y por las herejías y por las cruzadas y por el rescate de la España cristiana y por el conflicto entre la monarquía y el feudalismo; pensad todo esto, reconoced todo esto, medid todo esto, la cantidad incalculable de humano esfuerzo y de tiempo creador en todo ello latente, y decidme después de cuántos dolores no provenían y dimanaban aquellos frutos de cultura conducidos por los descubridores al Nuevo Mundo y por una ley natural en la humana contingencia fecundados con tanta sangre. En política llevábamos los Estados moder-

nos recién salidos del caos feudal; en administración, los tribunales permanentes y las Chancillerías, que generaba un profundo y mayor conocimiento del derecho romano; en milicia, los ejércitos orgánicos, muy contrapuestos á las antiguas mesnadas; en ciencias, una filosofía que comenzaba su emancipación en Aristóteles, y una astronomía que comenzaba su emancipación de Tolomeo; en artes, la arquitectura y la escultura del Renacimiento; en letras, una inspiración juvenil expresada por medio de lenguas tan sonoras como la lengua nacional nuestra, fija ya por escritores tan eximios como Garcilaso; en religión, el Cristianismo; en industria la pólvora y la imprenta; en locomoción, el barco y el caballo y el buey; en alimentos, el pan y el vino, amén de todos los ideales del humano derecho y de todas las esperanzas congénitas al espléndido albor de espíritu moderno. Así, ved las naciones americanas en el Centenario y comparadlas con las naciones americanas del descubrimiento. Lo que fuera en aquellos días el territorio de Chicago, lo que fuera por mil cuatrocientos noventa y tres, comparado con lo que será en mil ochocientos noventa y tres, parece un símbolo del Nuevo Mundo al minuto de su descubrimiento y del Nuevo Mundo al cuarto Centenario de tan beneficioso y providencial suceso. En los puertos, donde apenas bogaba la canoa, el barco de vapor, movido por sus propias fuerzas y emancipado de los vientos, conduciendo poblaciones enteras de pasaje y almacenando en sus bodegas productos más copiosos que los reunidos antes por todos los mercados históricos; en el suelo los pararrayos, con-



trastando las nubes y sus devastadoras centellas, como el vapor contrasta las olas y las corrientes; en el aire los telégrafos, que comunican á una con su red eléctrica, semejante á la red nerviosa, todos los continentes entre sí de la tierra, y el telescopio, que comunica la tierra con el cielo; no lejos de los altares antiguos, la Iglesia cristiana, henchida con la idea del Dios único y aromada con el incienso de un puro idealismo; aquí las colosales máquinas que metamorfosean la materia, y allí las escuelas que pulen y abrillantan el alma; en política, las instituciones más altas y las formas de gobierno más perfectas; el Jurado popular, el comicio universal, el sentimiento religioso entregado á la espontaneidad, la prensa periódica escribiendo á cada minuto un libro para el pueblo, la democracia plena, el trabajo libre, la República. Ved á Buenos Aires cómo anima y esclarece con su espíritu ateniense la pampa, y lleva la idea humana desde la desembocadura del Plata, con esfuerzos continuos, hasta la Patagonia; ved esa culta República de Chile con su sólida estructura que le permite superar las asechanzas, así de la insolente dictadura, como de la terrible anarquía; ved esa Nueva España, ese Méjico, cada día más ordenado y más progresivo y más firme, no obstante rodearlo por todas partes el oleaje de las ideas nuevas, é impelerlo todo los vientos del espíritu moderno; ved esas naciones centrales del Continente asentadas en el istmo, despidiendo cánticos exhalados por los coros de los poetas; ved esas Universidades americanas en la elaboración incesante de ideas; ved esas ciencias que dominan todos los

problemas y educan las generaciones en el ideal; ved el derecho vivo en la realidad, y decidme si hay razón ó no para bendecir el descubrimiento y celebrarlo como una de las mayores bienaventuranzas de la Humanidad y como uno de los timbres más gloriosos de la Historia. Cuando se ven los monumentos imperiales, por grandes que aparezcan, por bellos que sean, por poesía y arte que tengan, el pensamiento no puede, no, desasirse á la consideración de que los han levantado siervos con el grillo al pie, para que los sacerdotes de la superstición ungieran los déspotas monstruosos y adoraran los fetiches antropófagos, entre ríos de sangre humana, ofrecida, cual holocausto litúrgico, en banquetes de caníbales celebrados á manera de una comunión religiosa; y vuelve los ojos al Capitolio de Washington, iluminado por los resplandores del Evangelio, donde resuena el Verbo de la democracia; con el rayo de los dioses antiguos apagado en sus aras; con las cadenas del siervo pendientes de aquellas paredes sacrosantas; con el éter de todas las ideas en sus espacios; no puede sino sentir las esperanzas más optimistas y asociarse al *Te Deum* del progreso elevado allí por todo cuanto os rodea en mudo himno al Dios de la libertad. Y como el descubrimiento de América sea la obra capital de nuestra España, y al nombre hispano se hallen todos estos progresos unidos, no será mucho creer que, un día ya cercano, cuando los pueblos del Nuevo Mundo alcancen mayor conocimiento de todo cuanto deben á quienes les llevaron la moderna cultura, consagren una especie de culto religioso á la madre histórica suya, nuestra España,



como hemos tenido que consagrar en el helenismo un culto á Grecia, y en el catolicismo un culto á Roma nosotros, fundados en que hicieron por todos los hombres cultos en el Viejo Mundo y en la antigua historia, lo mismo que los españoles hemos hecho, lo mismo, en la historia moderna por el Nuevo Mundo.



## CAPÍTULO PRIMERO

### EXCEPCIONAL IMPORTANCIA DE COLÓN

**E**VOCAMOS aquí ahora un hombre por todo extremo extraordinario, á quien pudiéramos denominar, en las riquezas adjetivas de nuestra lengua, hombre singularísimo; evocamos á Cristóbal Colón, quien aparece hoy á nuestros ojos en lo alto de la tierra por él invenida, cual en los cuadros litúrgicos el Eterno sobre toda su Creación. Cierto; habiendo encontrado y descubierto América, ni supo la importancia y extensión del hallazgo; ni quiso el hado ciego que le pudiera dar su nombre inmortal, prestado á la joven tierra por un dependiente suyo, por un piloto de orden secundario. Pero, en desquite de esto, deja entre sombras, por los segundos términos de la fama, fuera del altar suyo único, lejos de su gloria universal, á los demás descubridores y nautas, cuyos nombres las crónicas de los descubrimientos guardan en sus preciosos anales. El primer nómada que se apartó de los ríos y se internó en las arenas del desierto; la primera navecilla confiada por el atrevimiento